

advierte en la tela ningún tono cálido. No hay rojos ni amarillos vibrantes. Abundan, por el contrario, los ocres y amarillos quebrados, los grises, los violetas y los pardos. La pintura es así una pintura dicha en voz baja, como en susurro, delicada, sutil, sensitiva.

Es indudable que al acercarse a la naturaleza chilena y al hacerlo humildemente, como él lo hizo, la naturaleza habló en su mejor lenguaje, y, al mismo tiempo, el pintor supo con ello incorporar a su estética elementos autóctonos. Pero Alberto Valenzuela Llanos, uno de los *clásicos* de la pintura chilena, por lo que su arte tiene de lección y de ejemplo magistral, supo ser un pintor de su tierra y al mismo tiempo un pintor de poderoso aliento universal.

<https://doi.org/10.29393/At252-196EHAR10196>

Exposición Helene C. Jourde

Lo primero que resalta en la pintora Helene C. Jourde es su alejamiento de lo que es ya habitual en los artistas de nuestro tiempo. De sus obras se desprende un encanto singular. Sus temas son originales y su manera de verlos acusa una personalidad muy vigorosa.

Estamos muy lejos de las flores y de los paisajes a que nos han habituado los pintores de la Sociedad Nacional y de los excesos modernistas de ciertos jóvenes de los Salones Oficiales.

Helene C. Jourde ha tomado sus temas de los extraños y poco habituales modelos que ofrecen las tierras tropicales. Pero esta pintora no es tampoco una artista preocupada por la visión autónoma o primitivista de los pintores de esas tierras.

Al contrario.

Lo original de su obra nos es dado por una pintura refinada y occidental, pero en la cual el influjo de los maestros orientales ha dejado su sedimento. Así en sus pájaros y en sus flo-

res se advierte la sensibilidad y la minuciosa ejecución de los japoneses.

Es una pintura sin atmósfera, en la cual el dibujo impone su dominio absoluto. Los límites de las cosas se recortan con brutal nitidez y el arabesco encierra el volumen con inexorable rigor. El fondo es, en general, una mancha blanca en la cual la silueta del objeto se destaca con doble ventaja. En las telas de Mme. Jourde se refleja así ese elemento razonador y abstracto que es el dibujo.

Las cosas, a pesar de lo que en ella hay de visión suprarreal, más que vistas están pensadas. La autora parece perseguir una segunda superficie hecha de síntesis y de anhelo razonador.

Pero en estas obras se advierte, además, el afán de captar los más pequeños e insignificantes detalles. Una mariposa, una florecilla o un fruto vive con toda la entera plenitud de su vida propia. El ambiente y la atmósfera que rodea estos objetos no los anulan, sino al contrario.

Busca el arabesco decorativo de las plantas exóticas, el cromatismo de los pájaros del trópico y el palpar casi etéreo de los insectos más extraños. En estas telas se hace presente en forma plástica una visión que nos atreveríamos a llamar proustiana. Al mismo tiempo las telas de Mme. Jourde recuerdan por más de un motivo el estilo bidimensional de los «primitivos» y el sentido casi ingenuo de las composiciones.

El colorido es de gran delicadeza. Los rojos y los verdes vibrantes de sus pájaros y de sus flores imponen su armonía dominante sobre la albura del fondo.

La naturaleza está vista en la obra de Helena C. Jourde con finura de poeta, con una sensibilidad refinada y con una sutileza que no excluye el vigor de la construcción y el dominio de la técnica.